

la conocieron, y por eso hoy Zacatecas derrama lágrimas al depositar sus restos inanimados en el modesto cementerio de la iglesia de Chepinque.”

Según testigos presenciales, el cuerpo de la bella actriz, amortajado de blanco, fué en su cámara mortuoria visitado por las señoras de las principales familias, atención á la que parecía sonreír el rostro enteramente pálido y no en modo alguno demacrado de la virtuosa doncella. Toda la ciudad, que en señal de duelo cerró las puertas de su comercio, concurrió á los funerales, viéndose en todos los rostros señales inequívocas de profundísima pena. El entierro, que tuvo lugar el 17, se verificó como dice el periódico ya citado, en el cementerio de Nuestra Señora de la Soledad de Chepinque, sito á un lado de la Alameda de Zacatecas. En ese cementerio, atrio á la vez de la iglesia, eran sepultados los cadáveres de personas distinguidas, y allí se alzaba en severo monumento la urna en que la gratitud zacatecana depositó el cuerpo del ilustre Gobernador D. Francisco García, coronada por su busto en bronce, al abrigo de enormes y antiquísimos cipreses, que también quedaron de centinelas al lado de la más humilde, pero tan honrada sepultura, de la actriz modelo mexicana.

CAPITULO XII

1848.

No fué de duración la vida artificial que quiso darse á nuestro teatro durante la ocupación americana. Ni los invasores estaban en aptitud de apreciar y comprender las bellezas ó gracia de la musa dramática española, ni nuestros compatriotas podían tener ganas de divertirse en días de opresión y de vergüenza. Lo único que preocupaba á todo el mundo era la cuestión del Tratado de Paz, firmado el 2 de Febrero de 1848 en la Villa de Guadalupe, y tan extraordinariamente oneroso para México, que sólo pudo ser parte á vencer la resistencia que encontraba en los mexicanos patriotas, la consideración de que carecíamos completamente de recursos y de tropas para oponer resistencia.

Nada daría mejor idea de aquel abuso del fuerte contra el débil que la que darán las siguientes palabras del estadista americano Enrique Clay, dirigidas á Mr. Channing: “Hay crímenes que por su enormidad rayan en lo sublime; la ocupación de Texas por nuestros compa-

triotas tiene derecho á ese honor: los tiempos modernos no ofrecen ejemplo de rapiña cometida por particulares en tan grande escala.” “El resultado de esta injusta guerra, ha dicho en nuestros días *La Tribuna* de Nueva York, fué que México fuese despojado de casi la mitad de su territorio, por no haber consentido el robo de Texas.”

Pero reduzcámonos á nuestros asuntos teatrales. La falta de público, la mala prevención de aquellos que no supieron apreciar la conducta de la Cañete y continuaban desaprobando que la distinguida actriz hubiese trabajado ante los americanos, hicieron que esa artista y los Sres. Mata y Fabre saliesen á mediados de Marzo del año de 1848, cuyos sucesos historiamos, para Veracruz, embarcándose allí para la Habana.

El Teatro Nacional quedó entonces entregado á juglares y titiriteros, cuyos espectáculos sí estaban al alcance de los invasores, que los hicieron productivos. En ese citado Marzo, la ciudad se vió inundada de prospectos ó programas en los que veíase un detestable grabado representando el gabinete de un prestidigitador, y á éste con un adornado y grande cucurucho en la mano y á su derecha una niña en pie. Debajo del grabado se leía: “Nueva máquina de Alejandro Herr para producir niños.—La viñeta que antecede representa al gran mágico Alejandro en medio de su aparato, haciendo una de sus más admirables suertes: ésta es la de sacar de un huevo una hermosa niña, sobre la carpeta del teatro, en presencia de toda la concurrencia, sin trampas y sin que por abajo haya maquinaria alguna.—Teatro Nacional.—Herr Alexander.—Por sólo seis noches.—Primera representación de Alejandro Herr, que tendrá lugar hoy 11 de Marzo en la noche.—Función sorprendente y divertida de ilusiones científicas, naturales, filosóficas y mágicas, basadas en experiencias químicas, neumáticas y ópticas. Estas experiencias incomprensibles son ejecutadas con aparatos extensos y vistosos.—Todo se iluminará con cien velas de esperma, lo que presentará el aspecto de un Templo de Encanto, realizando el esplendor de las ficciones árabes.”

Aparte de la sorprendente noticia de que bastaban cien velas de esperma para dejar realizadas las maravillas de “Las Mil y una Noches,” Herr Alexander parece que fué un notabilísimo prestidigitador; que encantó á su público con el “Espejo del Destino,” que reproducía las cartas elegidas; con convertir el café en grano en aromático café líquido; con mudar frijoles en azúcar; con sacar del sombrero de un espectador todo un jardín de ramos de flores naturales; con extraer de un chal una gran redoma con pescados, tan llena, que se derramaba el agua; y con otras suertes y experiencias que aun hoy día se reproducen y se renuevan por los Hermann, los Balabrega y *sic de cæteris*.

A Herr Alexander, que hubo de dar á petición del público mayor

número de funciones del anunciado, sucedió en el mismo Teatro Nacional, y comenzando el domingo 23 de Abril, el prestidigitador y ventrílocuo italiano Giovanni Rossi, que se decía "socio honorario de la Imperial y Real Academia de Venecia." Con él vino una, parece que muy guapa, bailarina, llamada Fanny Marten, que fué el encanto de los sietemesinos de la época: en su beneficio, que fué espléndido en productos, nuestro Castañeda bailó con ella un *pas de deux*, "bailado á la francesa, con andante y variaciones sobre la punta de los pies," según reza el programa, en el cual creo que por primera y única vez en México se escribió *pas de deux* en vez de *padedú* á que estábamos acostumbrados.

En el Teatro Principal y el domingo 21 de Mayo, un grupo de actores dispersos mexicanos, representó el *Carlos II el Hechizado*, prohibido por la censura desde que habíalo estrenado Pineda; la representación—dice *El Monitor*—halagó al populacho, que se dió gusto en gritar ¡mueran los frailes! gritos que *La Estrella del Norte*, periódico yankee, encontró dignos de un pueblo que gracias á la invasión empezaba á civilizarse y á progresar. *El Monitor* contradijo estas especies con mucha cordura y buen sentido en un extenso artículo.

El 30 de Mayo habíanse canjeado en Querétaro las ratificaciones del tratado de paz con los Estados Unidos, y aunque la República había quedado por él reducida á la mitad, la que nos quedaba iba, al fin, á verse libre de la aborrecible presencia del invasor. Oh! gran día y gran espectáculo! A las 5 de la mañana del lunes 12 de Junio empezó á prepararse la solemnidad de enarbolar en el astabandera del Palacio Nacional el pabellón mexicano. Formaron en batalla las tropas americanas y á las 6 en punto su batería saludó su pabellón con treinta disparos, que la nuestra contestó con veintiuno, según la Ordenanza: inmediatamente fué arriado el pabellón americano y enarbolado el mexicano, después de lo cual empezaron á salir de la plaza las tropas invasoras. Muchos, muchísimos de los mexicanos allí presentes no pudieron, no obstante, ver esa salida ni oír el redoble de marcha de las cajas de guerra, y fué porque sus ojos estaban inundados de lágrimas de alegría y porque ensordeció sus oídos el grito ardiente, consolador y gratisimo de ¡*Viva México!* Cara nos la habían hecho pagar, pero al fin teníamos libertad.

Su logro fué cantado por un poeta que con rara modestia sólo firmó con las iniciales F. O. su magnífica oda *La Invasión de México*, y comienza:

"Pendones que en Dolores y en Iguala
alto renombre al libre mexicano
supisteis conquistar; que en pompa y gala
en cien combates contra el fuerte hispano

flotabais orgullosos,
mecidos por el aura embalsamada
que de México baña el suelo rico;
pendones del Palmar, Juchi y Tampico,
¿Cómo es que vuestra fama ya empañada,
y después de alcanzar fácil victoria,
ambicioso extranjero os pisotea?
¿No hay huestes que defiendan vuestra gloria
y lo escarmienten en su audaz pelea?"

Sin su extensión, pues cuenta cuatrocientos noventa y ocho versos, con placer reproduciría aquí esa oda magnífica, tal vez lo mejor que se escribió en esos días. Después de evocar los manes de Martínez de Castro, Peñúñuri, León, Balderas y Cano, el poeta exclama:

"Descansad en las tumbas de la gloria
do vuestros nombres grabará la historia,
compatriotas dichosos;
dichosos, sí, porque en la lid porfiando
ganasteis fama eterna, y porque dando
vuestro vital aliento, generosos,
esta región de sempiterno duelo
dejasteis, sin tener el desconsuelo
de ver del impotente mexicano
consumado el desdoro, y oprimida
la metrópoli azteca de la erguida
hueste triunfante por la férrea mano.
Ni visteis sus palacios deslustrados
por soldadesca inmunda; sus liceos
profanados con bélicos arreos,
y á la estudiosa juventud negados;
los asilos sagrados
del cenobita austero,
los claustros silenciosos
de las modestas vírgenes, turbados
del inquieto guerrero
por la algazara y cantos bulliciosos.
Ni visteis entregados al pillaje
el pacífico hogar del ciudadano,
el arca del honrado comerciante,
y el modesto taller del artesano.
Ni el insulto y ultraje
del honesto, afanoso traficante,
asaltado por crudo foragido.

Ni oísteis el gemido
de las víctimas tristes, inmoladas
á su ciego furor; ni el de la viuda
y la tierna doncella, abandonadas
á la miseria cruda,
y que á la vez del padre y del esposo
sacrificadas en la lid tremenda
la pérdida lamentan, y la horrenda
suerte do las abisma la traidora
mano rapaz del vil facineroso,
que asecha al mexicano á toda hora,
su fortuna amagando y su reposo.
Dichosos otra vez, porque no visteis
tanta audacia y desmán, y tanto crimen;
dichosos veces mil porque no oísteis
el jay! de tantos míseros que gimen.”

Pero, en fin, lo pasado pasado; éramos ya libres, y desde el 30 de Mayo, en que se canjearon las ratificaciones, las compañías se apresuraron á pedir al público las socorriese en las necesidades que sufriendo venían, y el Teatro Principal y el de Nuevo México se abrieron el 1º de Junio con sólo funciones de tarde, dando el primero la comedia en tres actos *¡Qué barahunda!* y el segundo el drama *La berlina del emigrado*.

Días después, y también en la tarde, el Principal dió la segunda parte de *El Zapatero y el Rey*, desempeñando Viñolas el papel de *D. Pedro* y Armario el de *Blas Pérez*. En el mismo drama se presentó como actor el joven Isidoro Máiquez, de quien *El Siglo* dijo:

“No sabemos si la suerte le dió ese nombre, ó él al dedicarse al teatro se aplicó un nuevo bautismo. Si lo segundo, cometió un error que revela su inmenso orgullo; si lo primero, debería quitárselo. Su ilustre homónimo ha dado ya tanto brillo á ese nombre, lo ha consagrado ya de tal manera con su talento, que es una verdadera profanación llevarlo aunque sea propio. Lo sería si lo llevasen Romea, Pineda ó Viñolas; pero en el joven que representó á *Men Rodríguez*, es una verdadera irrisión.”

El 22 de Junio esa misma Compañía celebró el término de la guerra y la instalación del Supremo Gobierno en México, con un himno á la *Paz* y el drama *La hija del regente*.

En todas esas funciones los actores trabajaron por su propia cuenta.

Pero vueltas las cosas políticas al mejor orden posible, empresas y artistas pensaron en algo más serio, y en 3 de Julio anunciaron nueva temporada cómica para el Teatro Nacional, con la siguiente Compañía: Primeras actrices: Rosa Peluffo y Manuela Francesconi.

Actrices: Soledad Jiménez, María de los Angeles García y Estrella, Emilia Villanueva y Francesconi, Ignacia Cabrera, Crescencia y Dorotea López, Micaela, Ramona y Carmen Cabrera, Angela Guzmán y Soledad Sevilla.

Primeros actores y directores: Pedro Viñolas, Miguel Valletto y Javier Armenta.

Actores: Antonio Castro, Manuel Armario, Angel Castañeda, Ignacio Servín, Donato Estrella, Amador Santa Cruz, Ignacio Capilla, Isidoro Máiquez, Antonio Granados, Trinidad Galindo, Luz Galindo, y Manuel Maldonado. El cuerpo de baile lo formaban María de Jesús Moctezuma, Ramona, Micaela y Carmen Cabrera; Dorotea López y Soledad Sevilla. Bailarines: Tomás Villanueva, Máiquez, Granados y los dos Galindo. Como autor de la Compañía figuraba Evaristo González; como director de orquesta, José María Chávez, y como maquinistas y pintores los Candil. El representante de la Empresa fué Francisco Pavía.

Así las cosas, la Empresa anunció que no podría dar principio á sus trabajos, si el Ayuntamiento persistía en obligarla á aceptar el Reglamento de Teatros de 1846, y después de grandes luchas consiguió que se suspendiese el dicho Reglamento y se restableciese el de 1831, y el domingo 16 de Julio se inauguró el Nacional con la comedia de Bretón *El enemigo oculto* y un *padedú serio* por la Moctezuma y Máiquez. La representación de *Margarita de Borgoña ó la Torre de Nesle*, verificada el domingo 23, causó grande escándalo en una parte del público y originó una lindísima discusión entre los periódicos y los censores de teatro, sobre si debía ó no debía prohibirse un drama en que había parricidios, adulterios, incestos y otras lindezas de ese jaez.

Entre las funciones notables en esos días, figuró la que en 30 de Julio se dió en Nuevo México, dedicada á los batallones de la Guardia Nacional, que eran *Victoria, Hidalgo, Mma, Independencia y Bravos*; en ella se estrenó un drama en tres actos, intitulado: *Si olvidamos los partidos, México será inmortal*. El mal éxito del tal drama hizo que la posteridad ignore el nombre de su autor.

Dijose por otros que si la función tuvo poco éxito y si el drama no gustó, ambas cosas fueron obra de las intrigas puestas en juego por los militares del antiguo ejército, lastimados en su amor propio por el aprecio que veníase dispensando á las milicias cívicas, las cuales en los campos de batalla de Churubusco y Molino del Rey tan heroicamente habían lavado la mancha que sobre sí arrojaron con su inoportuno pronunciamiento de 27 de Febrero de 1847, conservado en la historia con el título de la revolución de los *polkos*. Dicho antiguo ejército era en esos días atacado y ridiculizado sin piedad, y no faltaron quienes pidiesen su absoluta supresión. Los redactores del *Siglo*

glo Diez y Nueve fueron del número de los que así lo pedían, y en su número del 22 de Junio de 1848 recomendaron al gobierno que para sustituir nuestras tropas de línea "formase un cuerpo de ejército de soldados extranjeros, enganando á los numerosos irlandeses que había entonces diseminados en la República." A la defensa del ejército permanente salió, entre otros, el militar D. Juan Ordóñez, lamentando no ya el que se tratase de desprestigiar á aquél, sino el que se cometiera el error de establecer una pugna sangrienta entre el ejército y la guardia nacional. Hé aquí algunos párrafos de su contestación al *Siglo*:

"Dicen ustedes, señores míos, "que no consienta la Guardia Nacional que le arrebaten los laureles que adquirió en Churubusco y Molino del Rey, los mismos que *impía y cobardemente la sacrificaron.*" Lisonjear así á la Guardia Nacional señalándole al mismo tiempo al ejército como á su enemigo, ¿no es armar á los mexicanos con el puñal fratricida? ¿No es excitar eficazmente á un rompimiento desgraciado á estas corporaciones tan honoríficas como indispensables en todo país bien organizado? ¿Quiénes son los que soplan el fuego revolucionario con más tesón, sino esos escritos incendiarios, subversivos del orden y tranquilidad pública? Cuerpos de la Guardia Nacional se batían en Churubusco al mando de *jefes permanentes*, mientras que lo hacían el 1º, 3º y 4º ligeros, como el 11 de línea en el puente, calzada y hacienda de los Portales, hasta quedar mucha parte de éstos heridos y prisioneros. Cuerpos de la Guardia Nacional, como fueron los batallones de Hidalgo y Victoria, marcharon á la vanguardia de nuestra retirada, con mucha anticipación á las tropas permanentes, sin que por esto merezcan ni unos ni otras los epítetos de *impíos y cobardes* que ustedes les prodigan; pues en la milicia es indispensable una ciega obediencia al superior que manda, y dicha maniobra fué ejecutada por orden del general en jefe: y cuerpos, en fin, de la Guardia Nacional, se batieron formados con otros permanentes en Molino del Rey y Chapultepec.

"Más justicia debemos al enemigo, señores editores; oigamos, pues, cómo se expresa en el *Norte-Americano* de 30 de Diciembre último, de cuyo periódico copiaré algunos trozos. "El enemigo (dice de nuestras tropas), que creyó que éste era el ataque principal sobre Chapultepec, *peleó con la más obstinada bizarria*, y después de haber sido desalojado *volvió hasta tres veces á la carga*. Por la aspereza del terreno, nuestra pérdida fué muy crecida; de cuarenta y tres oficiales presentes veintidós fueron muertos ó heridos, y cerca de ochocientos de tropa." Tratando de más de cincuenta oficiales y generales *permanentes que cayeron prisioneros* en Chapultepec, y más de cien cadetes del *Colegio Militar*, dice el referido enemigo: "Estos (los cadetes), eran unos mocitos *muy guapos*, de edad de diez á diez y seis años; va-

rios de éstos recibieron la muerte *peleando como furias*, y á la verdad que dieron ejemplos de valor, dignos de ser imitados por muchos de sus superiores en rango." Con respecto á la toma de la garita de Belén, defendida por *tropas permanentes*, dice el escritor extranjero: "Comenzamos de nuevo nuestra lenta y *mortífera* marcha, aproximándonos por grados á la garita con el enemigo delante que *pausadamente efectuaba su retirada.*" Manifestando la mucha pérdida que tuvieron por nuestra *artillería permanente*, prosigue de esta manera: "Nuestro regimiento tuvo que avanzar . . . *rechazando cuatro cargas distintas que dió el enemigo.*" Y por fin, concluye: "Que de los diez mil valientes que saludaron al Gral. Scott en Puebla, apenas quedaban siete mil. Los campos sangrientos de Contreras (en el cual no hubo cuerpos de Guardia Nacional), de Churubusco, de Molino del Rey, de Chapultepec y de la garita, había hecho *desaparecer á tres mil*, llenando de dolor y de amargura el corazón de los demás."

"Por lo expuesto queda probado que el ejército permanente y la Guardia Nacional arrancaron laureles de los expresados campos de batalla; y conceder sólo esta gloria á la segunda es la mayor injusticia con que ustedes, señores editores, cubren muy mal el natural encono que profesan al primero.

"Y ustedes, señores editores del *Siglo*, que tanto preconizan la paz, la unión, la fraternidad, la fusión de los partidos, como únicos medios de que nuestra desgraciada nación llegue al apogeo de su engrandecimiento, son los mismos que siembran la discordia entre dos clases tan influentes en la sociedad. ¿Es ésta la misión de unos escritores públicos?

"Seamos justos: unión, fraternidad, acatamiento á la ley y respeto á las autoridades legítimamente constituidas, sea siempre nuestra enseña política, y entonces seremos dignos de figurar entre las naciones más cultas del orbe."

Necesario es convenir en que en el fondo de aquel asunto todos tenían razón: en la desventuradísima campaña de México con los Estados de Norte-América, no faltaron valor y patriotismo ni al soldado de línea ni al soldado ciudadano; lo que faltó fueron altos jefes capaces de medirse con los del extranjero, y de sostener una guerra extranjera: hasta allí, los ascensos, honores y prerrogativas militares sólo habían sido conquistados en fratricidas luchas civiles.

Quiénes juzgan y condenan á un país por sus derrotas, sin medir ni estudiar sus causas, cometen una indignidad y sería hacer, sin justicia, víctima de ella á México, juzgarle y condenarle sin ese examen. El pueblo, el verdadero pueblo, el que no gobierna ni aspira al ejercicio del poder, pero que siempre está dispuesto á seguir al que sabe imprimirle un impulso noble y generoso, no faltó en ese entonces á sus deberes, y si el invasor americano entró en México hasta llegar

triumfante al corazón de la Capital, entró pisando en todo su camino cadáveres de insignes patriotas: y cuando ese pueblo se vió, por falta de dirección y de energía de sus Gobiernos, á merced del vencedor, se entregó á todos los extremos de una desordenada pero patriótica exaltación. Apenas las tropas de Quitman acababan de llegar á la Plaza de Armas y de enarbolar en el asta-bandera del Palacio Nacional el pabellón americano, el indignado pueblo rompió sobre los invasores fuego graneado de fusilería desde las esquinas de las calles y desde las puertas, balcones y azoteas de algunas casas, é hizo caer de donde pudo y como pudo un diluvio de piedras. Aquel arranque de desesperación fué tan imponente que el Gral. Worth llegó á mandar hacer fuego con sus obuses y hasta con las piezas de sitio sobre las casas de donde salían los disparos, y el Gral. Scott se irritó hasta ordenar que esas casas fuesen voladas con pólvora: multitud de ellas fueron abiertas á hachazos, se hizo avanzar á la infantería por sus azoteas, se redujo á prisión á muchos vecinos y se fusiló á los que se tuvieron por culpables. Las fuerzas de Quitman, sigue diciendo Roa Bárcena, fueron hostilizadas por el pueblo, lo mismo que las de Worth. El 2 de Infantería, al mando del Capitán Morris, escoltaba al Capitán de Ingenieros Lee, enviado en comisión del servicio á la garita de San Antonio Abad: á tres cabeceras de distancia del Palacio, hacia el Sur, empezó el pueblo á hacerle fuego desde las calles transversales y desde azoteas y campanarios, arrojándole también piedras y ladrillos. Morris tuvo que dividir su fuerza, que allanar casas, que perseguir por las azoteas á sus contrarios y que rechazar en las calles los ataques de alguna caballería, y al cabo de seis horas de lucha y con veintiocho bajas, el expresado cuerpo, falto de municiones, se vió en la necesidad de retroceder á Palacio. El tiroteo duró todo el día 14 y parte del 15. En su lugar dije que el Capitán Roberts del Regimiento de Rifleros, fué el designado para enarbolar la bandera americana en el Palacio Nacional; en esa operación le ayudó, dícese que obligado por Roberts, el guarda mayor del alumbrado, Pomposo Gómez; esto bastó para que nuestro pueblo le cobrase rencor y aborrecimiento, y pocas noches después, Pomposo Gómez fué sin misericordia asesinado. Dije también que la misma mala muerte encontraron, durante toda la ocupación del invasor, cuantos soldados americanos se alejaban del centro y se metían en los barrios. Todo esto fué censurable, salía de las leyes y costumbres de la guerra, pero indica que no faltaron á nuestro pueblo el arrojo y la virilidad.

Vino la paz, marcháronse los invasores sin salir, pudiera decirse, de nuestro territorio, pues lleváronse de él más de la mitad, y todavía no cesaron las venganzas ó justicias populares. *El Siglo Diez y Nueve* del 3 de Junio de 1748 dijo en su gacetilla: "En el pueblo de San Angel han sido selladas y rapadas, no sabemos por quien, varias

mujeres públicas, de las que trataban con los soldados del Ejército Americano, estacionados allí." El mismo periódico decía en su número de 7 del mismo mes: "Ayer, diversos grupos de pueblo, en diferentes parajes de la ciudad, han perseguido, apedreado é injuriado á varias mujeres, acusándolas de haber tenido relaciones con los americanos. Hace días referimos hechos semejantes y todavía más graves, acaecidos en San Angel. Aunque tales hechos reconocen un principio noble, creemos que el buen sentido de nuestra población, le hará abstenerse en lo de adelante de semejantes actos de justicia popular."

En cambio de estos castigos crueles, ese mismo pueblo derramó su compasión y su gratitud en los míseros sobrevivientes irlandeses que formaron la Compañía de San Patricio, y con tan grandes valor y heroísmo se batieron con los mexicanos y por México en Churubusco: allí fueron hechos prisioneros por los americanos, en las acciones del 20 de Agosto, en número de cincuenta y nueve. La Corte Marcial reunida en Tacubaya el 8 de Setiembre, condenó á veintinueve de ellos á ser ahorcados: por circunstancias atenuantes, dice Roa Bárcena, el general en jefe conmutó á nueve de ellos la pena de muerte en la de "cincuenta azotes con un látigo de cuero, bien aplidos sobre las espaldas desnudas de cada uno," y marca de la letra *D* con hierro candente en el rostro: los otros veinte, fueron ahorcados en San Angel el 10 de Setiembre y los treinta restantes, sufrieron igual pena en Mixcoac el 13 de aquel mes. Al ser llegada la paz, el periódico americano *La Estrella* dijo que los prisioneros que de la Compañía de San Patricio quedaban y su Capitán Riley, serían llevados á Nueva Orleans y licenciados allí ignominiosamente. Todo México intercedió por ellos y suplicó al Gral. Butler, los indultase poniéndolos en libertad y dejándolos quedarse entre nosotros. El jefe americano concedió lo que se le pedía, y el citado *Siglo* dijo en 7 de Junio: "Ayer, un prisionero de San Patricio, con certificación de serlo, mendigaba en la calle de Tacuba, y, con lágrimas en los ojos, mostraba en su rostro á los transeuntes, la marca que dejó en él el hierro enrojecido. Nuestro honor está interesado en que tal hecho no se repita, y sobre él llamamos la atención del Sr. Gobernador del Distrito, y excitamos de nuevo la gratitud de nuestros compatriotas en favor de esos desventurados prisioneros."

Uniéndole á la excitativa el ejemplo, *El Siglo* se suscribió desde luego con cincuenta pesos y los segundos nombres en la lista fueron los de la niña Estefanía Labat, con un escudo de cuatro pesos, y los jóvenes D. Alfonso y D. Lorenzo Labat, alumnos del Gimnasio Literario francés, con ocho pesos cada uno. El éxito de aquella suscripción fué en aumento cuando *El Siglo* publicó alarmado lo siguiente: "Hemos oído decir, que el Capitán de la Compañía de San Patricio